

¿Cuál no fué su amargura y desconsuelo,
Al mirar su Fusil arrinconado
Todo ya inútil y de orin tomado,
Negro como un crespon ó un terciopelo?

— «Buena la hicimos! exclamó: ¿así pagas,
Fusil mohoso, la placiente un día
Condescendencia mía?

¿De qué me sirves ya, lleno de plagas?»

— «No así me arguyas, el Fusil contesta,
Pues tú eres el autor de mi quebranto:
Descanso te pedí... pero no tanto:
Déjame sucumbir sin más respuesta.» —

*El Fusil habló bien, no es patarata,
Pues si el mucho trabajo nos maltrata
Porque á más de trabajo es excesivo,
Más que el mismo trabajo, aun siendo activo,
La triste Ociosidad al hombre mata.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

FABULA XXVI.

EL CUERVO, LA PALOMA Y LA NIEVE.

•
Con afán el más protervo
Revolcábase agitado
En un monte muy nevado
Cierta negrísimo Cuervo.

Una Paloma, que leve
Revolaba por allí,
Preguntóle porque así
Se restregaba en la nieve.

Él dijo: «por Belcebú,
Que voy contigo á ser franco:
Quiero teñirme de blanco,
Y ser lo mismo que tú.»

Ella repuso: «ya oí;
Pero te engañas quizás,
Pues negra la nieve harás,
Sin blanquearte ella á tí.»

Y así en efecto ocurrió,
Pues la nieve, á su contacto,
Dejó de serlo en el acto,
Y en agua se resolvió.

Y el agua, mirada en suma
Sobre la pluma del Cuervo,
Resultó... ¡dolor acerbo!
Tan negra como su pluma.

*Lo mismo, caro Lector,
Sucede siempre, en mi juicio,
Si se roza con el Vicio
De la Inocencia el candor.*

FABULA XXVII.

LA AZOTEA.

Tenía el buen Señor Don Juan Orozco
Un Niño, encantadora criatura,
A quien amaba con sin par ternura:
Yo á lo menos así lo reconozco.

Un dia estaba el Padre en su despacho
Leyendo cierta historia interesante,
Cuando entrando el Muchacho
Con alegre semblante,
Se puso allí á jugar á la pelota,
Distrayendo al lector bota que bota.

— «Quitadme este chicuelo de delante
(Dijo el Padre en un pronto,
Llamando á sus Criados Blas y Diego,
Uno y otro Gallego,
Y ambos á cuál mas tonto):
Quitádmelo de aquí, que me maréa.»

— «Buenu, Señor!»

— «Pero en el acto! ahora!»

— «Buenu! ¿Y qué hacemos de él?»

— «A la azotéa.»

— «Está muy bien, Señor!»—

Y los muy zotes,
Creyendo que azotéa era azotaina,
Dieron al pobre chico un par de azotes.—

Traductores conozco,
Que traducen peor cuarenta veces
Que los Criados de Don Juan Orozco.

FABULA XXVIII.

EL VIEJO, EL NIÑO Y EL BURRO:

idea atribuida á varios fabulistas antiguos, y explotada despues por otros modernos, entre ellos el Infante Don Juan Manuel, Verdizzoti, La Fontaine, etc.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL CANTERO,

CONSEJERO DE ESTADO Y SENADOR DEL REINO.

Talento Dios te ha dado
Como verlo en muy pocos he logrado
Para saberte conducir, CANTERO,
Del bien por el sendero;
Pero aunque apures tu criterio todo
En hacer á las gentes aceptable
La manera de obrar más razonable,
No lo has de conseguir de ningun modo.
De cien caminos que al efecto emprendas
Para dar en el quid y en el acierto,
No hallarás uno solo en que no digan
Los que tus pasos sigan:

«¡Qué locura! qué error! qué desconcierto!»
En tan terrible apuro,
Como santo obrarás; mas yo te juro
Que te han de censurar, aun siendo santo:
¿Te sonríes? ¿lo dudas?— Prueba al canto.

Iban un Viejo y un Chico
Por esos mundos de Dios,
Y acompañando á los dos
Iba también un Borrico.

El Vejete, ya encorvado,
Iba á pié con mucha paz,
Y mientras tanto el Rapaz
Iba en el Burro montado.

Vieron esto ciertas gentes
De no sé qué población,
Y con acento burlesco
Exclamaron impacientes:

— «¡Mire usted el Rapazuelo
Y qué bien montado vá,
Mientras de Viejo que está
Andar no puede el Abuelo!

«¿No era mejor que el Chiquillo
Siguiera á pié, de reata,
Y que el Viejo que vá á pata
Montara en el Borriquillo?»

El Anciano que esto oyó,
Dijo al Muchacho: «discurro
Que hablan bien: baja del Burro,
Que voy á montarlo yo.»—

El Niño, sin impugnallo,
Bajó del Asno al instante,
Y echó á andar, mientras boyante
Iba el Abuelo á caballo.

— «¡Vaya un cuadro singular
Y un chistoso vice-versa!
(Dijo otra gente diversa,
Que así los vió caminar):

¡Mire usted el Viejarrón
Y cómo vá cabalgando,
Mientras el Chico vá dando
Tropezón tras tropezón!

«¿No era mejor que el Vejete
¡Maldito sea su nombre!

Fuese á pié, que al fin es hombre,
Y no el pobre Mozalvete?»

— «Alabado sea Dios!

Dijo el Viejo para sí:

¿Tampoco les gusta así?
Pues nada! á montar los dos.»

Esto dicho, de la chupa
Tiró al Muchacho, y subióle
De un brinco arriba, y montóle
Muy sí señor en la grupa.

— «Perfectamente! exclamaron,
Soltando la taravilla,
Los de otro lugar ó villa
Con los cuales se encontraron:

¿Habrá cosa más bestial,
Aunque sea pasatiempo,
Que montar los dos á un tiempo
En ese pobre animal?»

¿No era mejor, voto á briós,
Qué alternasen en subir,
Y no que el Burro ha de ir
Cargado así con los dos?»

— «Cosa es ya que me encocora,
Exclamó el Viejo bufando:
Bajemos los dos... y andando!
A ver qué dicen ahora.» —

Y uno y otro descendieron,
Y á pié empezaron á andar,
Y... «bien! muy bien! ¡vaya un par!
Otras gentes les dijeron:

¿Es posible que se dé
Quién así busque molestias?
¡Qué majaderos! qué bestias!
Tienen Burro, y ván á pié.» —

Cargado entonces del todo,
Dijo el Viejo: «voto vá!
¿Con que no podemos ya
Acertar de ningun modo?»

Hagamos lo que nos cuadre,
Sin hacer caso el menor
De ese mundo charlador,
Llore ó ria, grite ó ladre.

*Esté limpia la conciencia,
Que es el deber principal,*

*Y en lo demás, cada cual
Consulte su conveniencia.*

Por nada, pues, ya me aburro
En un mundo tan ruïn:
Conque... arriba, Chiquitin,
Que es lo mejor.—Arre, Burro!

FABULA XXIX.

EL PELOTAZO.

A un Chiquillo un Chicazo
Le encajó tan tremendo pelotazo,
Que le hizo un gran chichon en el cogote;
Mas la pelota, al bote
Volviendo atrás con ímpetu no flojo,
Tornó por donde vino;
Y encontrándose un ojo en el camino,
Al autor del chichon dejó sin ojo.

No haga al prójimo mal quien esto note,
Porque el mal es pelota
Que vuelve contra el mismo que la bota,
O miente el pelotazo en el cogote.

FABULA XXX.

LA LUZ Y EL HOMBRE DORMIDO.

A MI MUY QUERIDA HIJA CLOTILDITA.

Durmiendo un hombre se hallaba,
Mientras una Luz fulgente
A su vista inutilmente
Su resplandor enviaba.

— «¿Por qué así le alumbras nécia,
Dijo una Voz á la Luz,
Cuando él prefiere el capuz
Y tus fulgores desprecia?»

— «Yo no resuelvo apagar me,
Diz que la Luz contestó;
Que en ser su Luz cumplo yo,
Aunque él no quiera mirarme.

Yo le alumbro siempre fiel,
Y en alumbrar no soy nécia:

Si él mis fulgores desprecia,
¡Tanto peor para él!» —

*Mortal, que no te hable así
La Razon en sus enojos:
Si tú le cierras los ojos,
¡Tanto peor para tí!*

FABULA XXXI.

EL BURRO Y LA PEÑA.

De un monte en el recodo
Rodar amenazaba una gran Peña
Desprendida ya de él casi del todo,
Yendo al fondo á parar de breña en breña
Al menor movimiento
Que con sus alas le imprimiera el viento.

Vióla un Borrico, y dijo
Lleno de regocijo:
«A esta, sin gran trabajo,
Con una sola coz, la tiro abajo.»
—Y llegóse en efecto, y derribóla;
Mas él rodó tambien como una bola;
Y ella á la postre lo aplastó debajo.—

*Aunque privado de vigor le crea,
Nadie, si es débil, á luchar se ponga
Con quien de suyo poderoso sea.*

FABULA XXXII.

EL CARACOL, EL TORO Y EL CIERVO.

A un Ciervo y á un Toro
En cierta ocasion
De este modo dijo
Cierto Caracol:

— «¿No es verdad, señores,
Que ustedes y yo
De igualdad recíproca
Gozamos el don?»

— «¿Por qué?» dijo el Toro
Con hórrida voz
(Y al fiero mugido
Tembló el Caracol):

— «¿Por qué?» dijo el Ciervo
Con cierta expresion
Que al Caracolillo
Aliento le dió.

— «Mire usted, responde,
Y Usía, Señor;
(Que al Toro, de miedo,
Usía llamó):

¿No lleva usted cuernos,
Y con mucho honor?
¿No los lleva Usía?
¿No los llevo yo?

Pues de eso deduzco
Que por precision
Igualitos somos,
Salvo algun error.»

— «No! replica el Toro,
Cien mil veces no!
Que yo soy Cornudo
De casta mejor.

¿Quiéres que te pruebe
Con mi cuerno atroz
Que no eres ni vales
Lo que valgo y soy?»

— «Yo creo en mi alma,
El Ciervo exclamó,

Que esa, aunque toruna,
No es contestacion.

Uno y otro háblasteis,
Pero á cuál peor,
Porque ni uno ni otro
Razonables sois.»

— «¿ Por qué? » dicen ambos:

— « Porque el exterior
A ninguno iguala,
Si el mérito no ;

Y el tener más fuerza
Tampoco es razon
Para que el forzado
Se crea mejor. » —

*Convencióse el Toro,
Y aun el Caracol,
Que los animales
No siempre lo son:*

*¿Pero dónde diablos
El Ciervo aprendió
Esta, que aun al hombre
Puede ser leccion?*

FABULA XXXIII.

LAS RUEDAS DEL RELOJ.

Á MI ANTIGUO GEFE, MAESTRO Y AMIGO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JOSÉ DE VILLAR Y SALCEDO.

Ministro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina.

Caminos diferentes

*Puede el hombre seguir, ninguno fútil,
Si quiere ser á sus hermanos útil,
Tú, de saber y rectitud armado,
Al bien concurre general, sentado
De la Justicia en el excelso templo,
Y aliento al bueno das, y al malo sustos,
Aun más que con tus fallos siempre justos,
De tus virtudes con el alto ejemplo.
Yo, VILLAR, en escala más modesta;
Como por via de solaz y fiesta,
Sentencias también dicto, aunque sencillas;
Y si útil puedo ser con Fabulillas,*

*Aunque sean humildes, ¿qué me cuesta?
Hacer el bien la Sociedad encarga
A cuantos al nacer su mano alarga;
Y pues mi oficio me mostró su dedo,
Bajo la frente, y alzo como puedo,
Si como debo no, mi pobre carga.
Así, dejando andróminas aparte,
El caso del Relój me lo ha enseñado;
Caso, VILLAR amado,
Que á ley de hombre de bien, debo contarte.*

Un Reloj de pared, de antigua forma,
Pero muy bueno y de Relojes norma,
—(Si era bueno, era inglés, dicho se quede)—
En cierto comedor colgado estaba,
Y en la esfera las horas señalaba
Con cuanta precision pedirse puede;
Pero una vez armaron pelotera
Las Ruedas allá adentro, en tal manera
Y con tal insistencia y tal porfia,
Que el Reloj en el acto
Dejó de ser exacto,
Merced á tan confusa algarabía.

Una de ellas gritó: «Por vida mia,
Que aunque á mí todas me teneis debajo,

Más que todas también remo y trabajo,
Pues yo soy la que sufro todo el peso
De la piedra mayor.»

— Yo te confieso
Que eso será verdad, otra decía:
Pero el trabajo mío un solo día
Al tuyo es superior de una semana,
Puesto que soy la que, llegado el plazo,
Tric! trac! levanto el mazo,
Y hago con él que suene la campana.»

— ¿Pues y yo? otra le dijo:
¿No valgo más que tú, si bien colijo?
— No soy la que discreta
Muevo directamente la saeta,
Y á todas juntas silenciosa igualo?
Yo no hago *tric* ni *trac*, ni ruido alguno;
Mas si mi paso veis, siempre oportuno,
Vereis las horas donde yo señalo.»

Tal era la pendencia
Que las Ruedas movían,
Disputándose el lauro y preferencia
Que para sí no más todas querían.
Amoscáronse al fin, y terminaron
La contienda empezada

Por no ayudarse en nada ni por nada,
Y todas juntas el Reloj pararon.

— ¿Qué es esto? dijo el dueño,
Al contemplar un día
Su falta de concordia y armonía:
¿En pararme el Reloj teneis empeño?
Pues cuidado conmigo, enredadoras,
Porque ó volveis á regular las horas
Como siempre lo hicisteis, ó en castigo
De no escuchar mis voces y consejos,
Os llevo á la primera prendería
Que me pueda vengar de tal porfía,
Y os vendo á todas como trastos viejos.»

Oir esto las Ruedas,
Y dejar de estar quedas
Y volver á girar, fué todo uno,
Sin que ya en tiempo alguno
Volvieran á mover otro altercado,
Siendo inútil decir, visto el suceso,
Que ellas ganaron tanto al hacer eso,
Como el mismo Reloj, antes parado.—

¿Quereis vivir en sociedad, mortales?
Pues consagradle todos

Vuestro auxilio y apoyo individuales.
 Esa es verdad sabida hasta los codos;
 Pero bueno es decirlo de cien modos:
 ¿QUEREIS LA SOCIEDAD? PUES SED SOCIALES.

FABULA XXXIV.

LOS OJOS.

Los Ojos, si miran bien,
 De Ojos allá, lo ven todo;
 Mas de Ojos acá, no hay modo,
 Pues ni ellos propios se ven.
 Ojos los Cielos me dén
 Que miren adentro y fuera:
 ¿Qué vés de la otra manera,
 Lector, si no te incomodas?

Las faltas ajenas, todas:
¿Las propias? Ni una siquiera!

El Perro dijo entonces: ¡váya un lance!
 Pues no sabe esa gente vocinglera
 Que yo no sé aplaudir de otra manera!

FABULA XXXV.

EL PERRO EN EL TEATRO.

AL EMINENTE POETA DRAMÁTICO

MI ANTIGUO Y BUEN AMIGO

el Excmo. Señor

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Aplaudian no dos, ni tres, ni cuatro,
Sino el público todo de un Teatro,
A una Actriz eminente
Que hacía su papel perfectamente.
Vió aquello un Perro, que á pesar del ojo
Del que estaba á la puerta, hombre lagarto,
Habia entrado sin pagar un cuarto;
Y dió en ahullar con tan estraño arrojó,
Que la gente gritó llena de enojo:
«¡Fuera de aquí ese Perro! fuera, fuera!» —

El Perro dijo entonces: «¡vaya un lance!
¿Pues no sabe esa gente vocinglera
Que yo no sé aplaudir de otra manera?» —

Esto quiere decir, en buen romance,
Que hay Censores que el tímpano taladran
Con los ladridos de su pobre ingémo;
Pero que aplauden sin embargo al Génio,
Y más le aplauden cuanto más le ladran.